

## Prefacio

Hasta ahora, la definición más popular sobre nuestra especie, en relación y comparación a otros seres, ha sido la de «animal racional», atribuida al genial Aristóteles, aunque haya sido a partir de René Descartes cuando la razón pasó a ser el eje central de nuestra definición. Pero ya desde hace décadas se sabe que hay más seres racionales, prevaleciendo sin embargo esta referencia y característica definitoria de nosotros, posiblemente porque ninguna otra ha sido culturalmente asumida hasta ahora. Así que, si nuestra definición más aceptada no se adapta o ya no sirve, habrá que procurar otra que sí lo haga, siendo este el propósito que aquí nos ocupa. Es decir, el objetivo principal de este trabajo es, precisamente, renovar y establecer nuestra especificación, investigando lo que nos caracteriza e identifica, para así dar también mejor sentido a nuestra existencia. Para ello, he realizado una revisión sobre las aportaciones, teorías, corrientes y postulados que he considerado más significativos a la hora de aportar conocimiento y posibles pistas para la resolución de este planteamiento.

Mi conclusión es algo que ya se ha dicho, por lo que no se trata, en sí, de un descubrimiento. Más bien, pienso que mi aportación se basa en poner algo de orden y, sobre todo, atención a este respecto; así como intentar aclarar los debates habidos, algunos bizantinos, como los llamados «reduccionismos» (científico, biológico, cultural), sin olvidar los de las creencias o religiones. La cuestión, y espero que la respuesta a todo esto, está, según entiendo, en que somos los únicos entes del universo conocido que tenemos y vivimos diversas realidades: la llamada externa (como el resto de entes, en interacción con el entorno), la denominada interna (nuestra propia cosmovisión, casi como un mundo aparte) y otra relacionada con el simbolismo o, más concretamente, la expresión verbal o el lenguaje humano, mediante el cual conformamos otra realidad. Asimismo, pretendo demostrar la validez de los resultados obtenidos, tanto a nivel teórico como en la práctica (que, en definitiva, es lo importante).

Aun siendo genéticamente diversos, también es cierto que, desde este punto de vista orgánico, es más lo que nos une a otras especies, llegando incluso a afirmarse últimamente que, en este sentido, «la biología nos engaña». Además, hay quienes aluden a que en nuestro ADN está la base de nuestro cerebro y otras características que no abundan en otras especies, como la consciencia, las emociones, los sentimientos, el pensamiento, la razón, etc. Sin embargo, una a una se han observado características

similares en otros seres, generalmente de maneras más simples. Por otro lado, quienes apelan a nuestros logros culturales, sobre todo representados por los de tipo tecnológico, también han podido ver cómo se han hallado estos mismos logros en más especies, eso sí, con todas las distancias fácilmente visibles y comparables, incluso algunas supongo que insalvables. Por último, las concepciones de carácter religioso, al tratarse de creencias y sin demostración científica alguna que las corrobore, se puede decir que «caen por su propio peso», queriendo significar con ello que las opciones religiosas suponen planteamientos que no permiten determinar o llegar a alguna conclusión válida o en el mismo sentido en que la ciencia demuestra su valía, sino que la validez religiosa se basa en creencias y la consiguiente fe en las mismas, algo que se aleja y que no es propio del discurso científico que aquí se pretende y con el que se debe abordar convenientemente esta cuestión tan transcendental: nuestra especificidad, nuestra definición y caracterización como especie y como individuos. Algo que, como también pretendo señalar, puede que conlleve algo más que la búsqueda de nuestra especificidad, pudiendo llegar a ser también la clave de nuestra existencia, o de nuestro —comparativo— éxito evolutivo, o de nuestra razón de ser, o de por qué estamos aquí y para qué. De hecho y como resultado, elaboro nuestra Ficha o Carnet de Identidad como especie, por supuesto aplicable a cada uno de nosotros, en la que se recoge e informa de quiénes somos (*Homo sapiens*), cuál es nuestra procedencia (de dónde venimos), cuál es nuestra naturaleza (qué somos), cuál es nuestra característica o esencia fundamental (qué papel o función hacemos, lo que nos indica el sentido de nuestra existencia o a dónde vamos) y cuál es nuestra forma de ser o espíritu (cómo lo estamos haciendo y para qué, en definitiva, nuestro fin o propósito existencial).

Si, tras lo visto y analizado, he llegado a la conclusión de que nuestra especificidad viene determinada por ser los únicos seres que vivimos varias realidades, una externa y otra interna, una relativa y otra absoluta, una binaria y otra trinaria, una tangible y otra intangible, una natural y otra artificial o ficticia es, precisamente, pensando en su validez teórica y práctica, esto es, científica. Como el resto de animales y demás especies y entes, nuestra existencia se desarrolla en interacción con el entorno, dando lugar así a lo que se conoce como «realidad externa». Pero, además, en nuestro caso también tenemos una característica que no tiene ningún otro ente conocido; me refiero a la llamada «capacidad de ideación», es decir, que podemos idear sin necesidad de la relación organismo-medio, como así demuestran tantas concepciones habidas a lo largo de nuestra historia y que describo con tres *Efectos: Demócrito, Marsellesa y*

*Ashoka*; el primero para ejemplificar lo que puede llegar a hacer la capacidad de ideación de una persona, el segundo para mostrar como esa capacidad tiene su correspondencia a nivel colectivo en lo que llamamos cultura y, el tercero, para enfocar dicha capacidad hacia empresas sociales que redunden en el bien de todos y de todo.

Esa capacidad, individual y propia de cada uno, es la que nos hace únicos, conformando algo así como las «huellas dactilares» de nuestro ser. Nadie tiene las mismas ideas que otro, día a día y a lo largo de toda una vida. Pero es que, además, y como prueba empírica más clara, resulta que esa capacidad individual se operativiza y puede llegar incluso a materializarse, dando lugar —nada más y nada menos— a nuestra especificidad colectiva o de especie, como *Homo sapiens*, a través de algo tan empírico o comprobable como es nuestra cultura o patrimonio intelectual, algo también sin parangón, pero esta vez a nivel social.

Por tanto, trato de dirimir esta cuestión trascendente de nuestra identidad específica, a la vez que llamar la atención para poner el interés en esta capacidad única que, además de diversificarnos tanto a nivel individual como de especie, supone, según deduzco de los procesos evolutivos, nuestro activo existencial esencial.

Si, como pienso, nuestra definición y especificación como «animales racionales» supuso todo un impulso y refuerzo de nuestra capacidad reflexiva, desde la Era Axial a nuestros días, pasando por la Ilustración y la llamada Revolución científica, espero y deseo que si asumimos culturalmente esta otra definición, como «animal de realidades», ello también redunde potenciando esta otra capacidad de ideación, propia e innata, tanto a nivel individual como social. Dicho de otra forma, si haber asumido culturalmente el papel y la importancia de la razón durante los últimos siglos ha dado el resultado que sabemos y conocemos, que pase algo similar con nuestra capacidad de ideación puede dar lugar a una nueva etapa de nuestra historia, muy prometedora, por cierto.

## Introducción

Ante todo, quiero que quede muy claro que no pretendo determinar ninguna exclusividad de nuestra especie, ni dar argumentos a favor de una supuesta superioridad de la misma o algo similar; nada más lejos ni que se le parezca. Curiosamente, incluso puede que el resultado sea todo lo contrario, ya que con el propósito de señalar lo que nos caracteriza e identifica como entes de este universo, precisamente también vengo a recalcar lo difícil que resulta gracias a todo lo que nos une con lo demás. En definitiva, mi exposición es fundamentalmente para integrar y no para separar, para diversificar no para diferenciar.

Esta es una aclaración previa que considero muy importante. Por desgracia, está más que comprobado que creerse diferente, tanto con respecto a otras especies como entre nosotros mismos (en función del falso concepto de raza o a los criterios de sexo, religión, nacionalidad, clase social, etc.), no son más que crasos errores que nos siguen costando mucho. Por lo que el temor a que mi exposición sea interpretada o utilizada en este sentido, aunque sea mínimamente, me preocupa mucho.

La semejanza es la sombra de la diferencia. Dos cosas son semejantes en virtud de que difieren de otras; o diferentes en virtud de la semejanza de una con una tercera. Lo mismo ocurre con los individuos. Un hombre bajo es diferente de uno alto, pero dos hombres parecen similares si se comparan con una mujer. Lo mismo ocurre con las especies. Puede que un hombre y una mujer sean muy diferentes, pero cuando se comparan con un chimpancé lo que salta a la vista son sus analogías; la piel lampiña, la postura vertical, la nariz prominente... A su vez, el chimpancé es similar a un ser humano cuando se compara con un perro: el rostro, las manos, los treinta y dos dientes y demás. Y un perro es como una persona en la medida en que ambos son distintos de un pez. La diferencia es la sombra de la semejanza. (Ridley; 2004: 17).

Como expone muy bien Ken Wilber a lo largo de su obra, la diversidad (que enriquece) no tiene nada que ver con la diferenciación (que excluye). Todo está unido en este universo y, más concretamente, los seres vivos de este planeta procedemos del mismo proceso, que, por ejemplo, nos retrotrae a la primera célula original (la madre de todas las células terrestres), que los científicos han llamado Luca y que surgió aproximadamente tras los primeros quinientos millones de años de la Tierra. Así que, aunque pueda parecer una contradicción, lo que pretendo es, ante todo, hacer una aportación para derribar muros excluyentes y facilitar la comunión entre entes. De

hecho, como propongo y se puede comprobar a continuación en mi exposición, no es nada fácil señalar una exclusividad existencial de algo o de alguien, en este caso de nosotros, los *Homo sapiens*.

Por tanto, el propósito principal de este trabajo, al procurar la especificidad humana, es reivindicar su valor para que seamos conscientes de ello, sobre todo para que lo prioricemos, en el sentido de poner un poco más de orden y orientación a nuestras respectivas vidas, tanto a nivel individual como colectivo. En otras palabras: si lo que busco es algo que sea único o propio de nuestra especie y de cada uno de nosotros es, primero y precisamente, para intentar responder a nuestra «identificación» como seres o entes, partiendo de que dicho concepto significa (según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, RAE) «acción y efecto de identificar o identificarse»; mientras que el de «identidad» hace referencia, en su segunda acepción del término, y correspondiendo al subtítulo de este trabajo, al «conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás». Aunque tampoco pretendo hacer una taxonomía de nuestra especie, sin embargo, también la segunda acepción del término «definición» de la RAE, como «proposición que expone con claridad y exactitud los caracteres genéricos y diferenciales de algo material o inmaterial», me vale para introducir lo que trato de hacer en el presente trabajo: una propuesta clara y exacta de nuestras características, a la vez genéricas y diversificadoras como seres y como especie pero, en este caso, procurando determinar cuáles son nuestros rasgos propios, lo que nos hace únicos, tanto a nivel individual como colectivo o de especie, para saber si ello tiene algo que ver con nuestro encaje y propósito en el «puzle» del universo y, más concretamente, en lo que llamamos vida.

Aun sabiendo que genéticamente somos únicos, ya que incluso en el caso de los gemelos la epigenética se encarga también de establecer diferencias; sin embargo, convendremos que eso es difícil que constituya la seña de identidad, tanto intra como interespecies. Máxime sabiendo que compartimos nuestro código genético con otros seres, demostrando precisamente que es más lo que nos une que lo que nos diferencia a este respecto. Dicho de otra forma, sería poco riguroso presentar nuestra esencia y especificidad como seres o entes porque tenemos secuenciado lo que somos según una determinada combinación de subunidades de nucleótidos, que se representan con las famosas cuatro letras A, C, G y T, correspondientes a la adenina, citosina, guanina y timina, y que secuencian nuestros respectivos ADN.

Hasta ahora, como especie, nuestra definición diferenciadora más aceptada viene determinada por la clasificación en animales racionales y porque sabemos de nuestra muerte. Mientras que, entre nosotros (es decir, intraespecie), para diferenciarnos hacemos una mezcla entre factores de carácter biológico y fisiológico, como compleción, rostro, género y color de la piel fundamentalmente; recurriendo también a otras características de ámbito sociocultural, como adscripción territorial, lenguaje, costumbres, educación, tecnología, clase, posición social, etc. Pero ninguna de estas referencias nos especifica, ya que podemos encontrar otros ejemplos en cualquiera de ellas: tanto como animales, como racionales (según demuestran numerosos experimentos con otros animales), como por el hecho de saber de nuestra muerte (algunos cementerios de otras especies parece que apuntan a que también saben que van a morir). Mientras que, en nuestra dimensión sociocultural, al tratarse de constructos o ficciones creadas por nosotros, no podemos decir que sean naturales ni innatas; es decir, en todo caso se trataría de características artificiales y exógenas.

Si nuestro cuerpo, biología o composición molecular no es o supone la clave de lo que aquí se trata o pretende ni tampoco las construcciones socioculturales, entonces ¿qué es lo que caracteriza a nuestro ser y su existencia? Tal y como señala el conocimiento hasta ahora, está claro que lo que especifica o hace que seamos de una especie u otra es la reproducción sexual, ya que, generalmente, es entre individuos de la misma especie donde únicamente puede producirse dicha reproducción.

También ello condiciona enormemente nuestra caracterización individual, ya que somos hijos de unos determinados seres (herencia genética) y, aunque haya más individuos que puedan decir lo mismo (hermanos), ninguno es exactamente igual a otro (gemelos con secuencias genéticas originales idénticas terminan siendo distintos física y psicológicamente, debido a sus respectivas interacciones con sus respectivos entornos). Sin embargo, la reproducción sexual resulta común al mundo de los seres vivos, y la identidad física o fenotípica derivada de nuestro ADN no va más allá de una secuencia genética específica que interactúa con el entorno. Esto ya daría respuesta a la pregunta que se hace el psicólogo y estudioso de la mente Michael Gazzaniga (2008), en su obra *¿Qué nos hace humanos?*, en la que también busca la explicación científica de nuestra singularidad como especie, que es precisamente el subtítulo de su libro. Respuesta que tenemos en el hecho de que podamos reproducirnos entre nosotros, lo que nos hace pertenecer a nuestra especie y, en este caso, nos hace humanos: aunque el término también pueda referirse a otras especies de humanos que existieron, como los

neandertales o los denisovanos. Es decir, especies humanas hubo más (se habla de cuatro o cinco y también de que solo hubo una, con sus respectivas ramificaciones), considerando que lo que nos hace humanos *sapiens*, es decir, de nuestra especie en particular, es que solo podemos reproducirnos entre nosotros, entre los propios de nuestra especie, tal y como ocurre en las demás especies y, en función de ello, se determina qué te hace colibrí, orangután o delfín. De hecho, aunque parece que hubo casos de hibridación entre neandertales y *sapiens*, tal y como demostró el equipo de científicos encabezados por el genetista de la Harvard Medical School, David Reich (2013), no lograron salir adelante (como ocurre con los mulos, cruces entre caballos y asnos), aunque tengamos algo de estos antepasados en nuestro ADN, según han puesto de manifiesto las últimas investigaciones al respecto.

Siguiendo con nuestra pesquisa, antes que nada, está la diversificación básica entre lo vivo y lo inerte. Fundamentalmente, entre entes con y sin vida, al menos en el sentido y conocimiento que tenemos de qué es la vida. Centrándonos en lo que podría englobarse como seres biológicos, la siguiente clasificación —también básica— podría ser la de los llamados «cinco reinos de la naturaleza», que hasta el siglo XIX fueron dos: Animales y Plantas, pero que ahora abarca a otros tipos de vida: Fungi (los hongos), Protista (organismos microscópicos multicelulares, conocidos como eucariotas) y Monera (organismos microscópicos y unicelulares).

Llegados a este punto, a la hora de clasificar y diferenciar «nuestro universo» en especies, los expertos utilizan los criterios del dominio, reino, filo, clase, orden, familia y género, es decir, se puede decir que lo hacen según el entorno y las formas. Sin embargo, toda esta cadena supone una clasificación que no informa de cómo es cada especie o ser, se puede decir que se queda en las formas pero que no va al fondo.

Hay un aspecto en el que la conducta parece evolucionar de un modo distinto que la anatomía. En el caso de la anatomía, la mayoría de las semejanzas es consecuencia de una genealogía común, o lo que los evolucionistas llaman inercia filogenética. (Ridley; 2004: 28).

Para este cometido de nuestra identidad y especificidad, pienso que tenemos que recurrir a otra dimensión, intangible, sutil, etérea. Según lo visto en relación a la cuestión, y desde mi punto de vista, nuestra respectiva unicidad vendría determinada, sobre todo, por la forma que tenemos de transformar la energía que nos conforma. Cada

especie lo hace a su manera, dando con ello lugar, en primera instancia, a las distintas formas biológicas de expresión y adaptación de los seres; mientras que lo que hacemos con esas formas y con esa energía durante nuestras vidas es lo que definiría y haría único a cada ser.